

**La modernidad y sus conflictos. La modernidad y la ética.  
¿Conflictos éticos de la modernidad?**

Eloy Villanueva Cruz

Intervención en la presentación del libro *Alasdair MacIntyre y la modernidad*

Pamplona, 21 de mayo de 2026

Buenos días a todos los presentes. Quiero agradecer en primer lugar al CRYF la organización de esta actividad, en la persona de su director, don Santiago Collado. También al profesor Francisco Santamaría, que tan buena acogida nos brindó en Gijón en el Ateneo Jovellanos y, por supuesto, a los profesores Jorge Martín Montoya y José Manuel Giménez Amaya, que generosa y amablemente me invitaron a unirme a este proyecto y con los que siempre estoy en deuda. Procedo por tanto a explicar, brevemente, y espero que con claridad, por qué el título de la intervención —“La modernidad y sus conflictos. La modernidad y la ética. ¿Conflictos éticos de la modernidad?”— y por qué el interés en este tema.

Al transcurrir un año del fallecimiento de Alasdair MacIntyre podemos preguntarnos acerca de su éxito como filósofo. Ciertamente disfrutó de un reconocimiento amplio en vida que ahora adquiere mayor relevancia cuando se relee su obra. Es pertinente decir que MacIntyre fue un innovador que, atrayendo para sí la Antigüedad y el Medievo, se situó como observador en el centro de la modernidad y del mundo contemporáneo, aportando el análisis y la crítica necesaria y justa para examinar profundamente lo que le rodeó sin temor a sus conclusiones. No fue un hombre acomodado en las frases comunes ni en los tópicos, y en cada cuestión del mundo y del hombre que observó siempre hubo espacio para ser, a su modo, algo revolucionario, siempre inquieto y con la capacidad de llevar la crítica hasta una autocrítica que, cuando fue oportuno, le permitió rectificarse a sí mismo.

La modernidad consumió sus esfuerzos intelectuales al constatar que sus innumerables problemas proceden sobre todo de un tronco común que es la ética. A través de la ética evaluamos qué hacemos y cómo lo hacemos: la ética se relaciona con el actuar diario de cada uno de nosotros, pero éste tiene siempre condicionantes personales y culturales propios. La reflexión ética sobre dicho actuar es por tanto compleja, porque no se limita a aplicar unas normas concretas que los hombres siguen siempre y en cada momento, lugar o circunstancia. Por el contrario, muchas sociedades y personas defienden que unas normas no tienen por qué ser siempre válidas o igualmente necesarias. Otros tienen para sí una jerarquía de mandatos que regulan la vida radicalmente diferente de la de los demás. Algunos aceptan cierta posibilidad de objetivar reglas, otros defienden que eso es posible con total seguridad e incluso certeza, y están los que arguyen que cada cual puede establecer las suyas, aunque normalmente a esto se le acompaña siempre una pretensión ficticia de universalidad. Entre estos últimos, además, existe un grupo que en realidad mira con sospecha hacia los que reclaman la existencia de la objetividad, como si fueran por ello contrarios a una libertad básica de los hombres. Junto a ellos, están los que sitúan la interioridad afectiva de cada cual en el imperio de sus decisiones y valoraciones, poniendo como guía de sus vidas a las emociones: los enunciados morales son expresiones de sentimientos que no tienen contenido cognitivo y que, en ese sentido, carecen de significado. En definitiva, si me permiten la expresión, un gran lío, una gran confusión.

La vida es un conflicto permanente que se desarrolla durante la existencia de la persona sin pausa alguna. Esto, lejos de ser una contrariedad, es simple constatación del permanente choque de intereses, deseos y pareceres que se da entre unos y otros, y también de cada individuo consigo mismo. Sin embargo, esto no debe impedir la búsqueda de una vida buena y lograda para todos y cada uno de los miembros que viven en un mismo entorno, en una comunidad, en una sociedad más amplia o con perspectiva ampliamente universal. Así, la valoración ética de nuestros comportamientos tiene la practicidad de conformar dichos comportamientos también hacia el futuro, de permitir un progreso racional de la ética y una mejor vida en comunidad. La acción es siempre de alguien, y ese alguien tiene un origen y unas circunstancias vitales. Si las acciones que realizamos configuran la propia vida y la de otros, la conveniencia o no de dichas acciones parece un elemento ineludible para la consecución o no de una vida lograda.

Al estudiar a MacIntyre y en cierto modo seguir sus caminos filosóficos queremos contribuir contemporáneamente a comprender mejor cuál es el lugar, entendido como mundo, en el que vivimos hoy en día, cuáles los desafíos que encontramos a diario y si existen o no soluciones para los problemas que dichos desafíos plantean. Estamos hablando, siempre, de desafíos éticos, y por tanto de desafíos que surgen de las acciones humanas. Son desafíos fruto del mejor o peor obrar humanos que configuran nuestra realización personal de modo individual y de modo colectivo.

MacIntyre fue un “fundamentador” teórico riguroso de su pensamiento, pues no concebía mejor manera que ese modo de filosofar para apreciar prioritariamente la visión práctica y real de las cosas. Tal vez por eso sentenció que la modernidad es «una cultura moral de desacuerdos interminables» y lo ilustró a través de varios rasgos plenamente identificables: la inconmensurabilidad, por la total disparidad en número y contenido de las argumentaciones rivales entre sí; la subjetividad; las culturas y los contextos históricos diferentes; y el emotivismo, como el más avezado y dañino tipo de relativismo.

Cabría preguntarse por el motivo por el cual, en realidad, se producen conflictos en la sociedad y entre las personas. Si en apariencia todos queremos una vida que tienda a ser mejor y no a empeorar, ¿por qué la disensión? En realidad, una respuesta plausible está en la propia búsqueda de esa vida mejor, en dos sentidos. Por un lado, en la imposibilidad de que todos y cada uno de los miembros de una sociedad definan y determinen de modo exactamente igual qué y cuál es el buen fin al que aspiran en sus vidas. Por otro lado, en la valoración sobre los medios para lograr lo anterior: no hay unidad en el pensar que permita defender lo que es bueno para todos, pero tampoco cómo lograrlo. Parece claro que las prioridades son internas a cada uno de nosotros: podemos compartir fines con otros individuos, pero cada persona establece su propio orden de cosas e interioriza como mejor considera qué es lo que le conviene más y qué es lo que le conviene menos. Y, aún con mayor fuerza particular, en realidad cada persona expresa con firmeza qué es aquello que desea más y qué es aquello que desea menos; qué es lo que desea por encima de todo y qué es lo que aborrece.

Lo anterior sucede para MacIntyre de tres modos: a través del *expresionismo*, donde el deseo es el antecedente absoluto para el obrar; a través de la *Moralidad*, con “M” mayúscula, como una suerte de dictadura de los principios que, considerándose óptimos, deben ser acatados universalmente y sin discusión; por el *Orden dominante*, que es quien escribe dichas normas.

MacIntyre no ofrece una solución única para lo anterior, pero su pensamiento nos sugiere algunas posibilidades a las que debemos atender, pues los conflictos éticos de la

modernidad son probablemente irresolubles pero nuestra aspiración debe ser, al menos, la de mitigarlos. Así, proponemos —propone MacIntyre— a lo largo de las páginas del libro la solución del «aristotelismo tomista», para actuar contra la modernidad desde la propia modernidad, por varias razones y de varios modos: porque es natural que la pregunta sobre si la vida que tenemos es adecuada o no a su florecimiento nos la hagamos; porque las objeciones formuladas contra nuestras teorías es el precio que tendremos que pagar y los compromisos filosóficos que tendremos que asumir si queremos poder así seguir discrepando; porque el *expresivismo* no tiene en cuenta la posibilidad de que un agente pueda desear algo precisamente porque sea bueno y considera que los principios morales son cosas sobre las que podemos decidir siempre, olvidando que las convicciones genuinas de un hombre proceden de lugares profundos; porque frente al *expresivismo* y su pretensión de distinguir hechos de valores y juicios de hechos de juicios evaluativos queremos responder adecuadamente a la pregunta de cómo entender los deseos para que estos conduzcan al florecimiento humano.

Quizá debamos aceptar, no obstante, y para concluir, que Aristóteles no está muy de moda entre muchos, ni tampoco Santo Tomás. Pero tal desafección intelectual no menoscaba el empeño de quienes creemos que la modernidad debe y puede corregirse, y que de algún modo debe ser posible otra idea del mundo y del hombre diferente, ya conocida pero abandonada. MacIntyre bregó contra corriente muy a menudo porque su vida estuvo llena de honestidad intelectual, y con tal ejemplo nos gustaría contribuir a una vida floreciente para todos donde la pretensión de verdad no sea una quimera ni esté marcada por el absurdo mandato de las emociones.